

SERGIO GALINDO

Polvos de arroz



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Polvos de arroz

© Herederos de Sergio Galindo

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán

C.P. 04510, México, D.F.

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s.n.

www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes

República de Argentina 12, Col. Centro

C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 4412012102905072310



No se permite descargar ni imprimir esta obra.
Hecho en México.

Índice

- I. Va a ser raro dormir... 5
-
- II. Es complicado iniciar... 17
-
- III. Una bala hizo añicos el cristal... 27
-
- IV. Camerina despertó sobresaltada... 37
-
- V. Camerina ocupó el asiento... 47
-
- VI. Cuando empezó noviembre... 57
-
- VII. —¿Quieres oír un vals?... 69
-
- VIII. Los pasos de Camerina... 75
-
- IX. Volvía de un sueño pesado... 85
-

I

Va a ser raro dormir en la cama de un muchacho, pensó Camerina Rabasa.

Julia ordenó cambiar las sábanas y poner una de las colchas de Perla, pero eso no alteró la atmósfera; la colcha rosada con sus flores lilas no era más que un parche fuera de lugar. Camerina la quitó de un tirón y apareció un sarape café con franjas blancas. Así debe ser el cuarto de Juan Antonio, se dijo. Observó las paredes y se quedó de pie, en el centro de la habitación, con los ojos clavados en una bandera de la Universidad de Georgetown... Esos nombres gringos, tan raros, tan largos... Suspiró y pensó que en ese mismo momento Juan Antonio suspiraba por ella. Iba a volver a suspirar, pero le salió un quejido porque los zapatos le apretaban. Tenía

6 los pies hinchados, los bordes del ante se le enterraban como navajas. Reflexionó que de haber hecho caso a la recomendación de Facunda, de ponerse pantuflas para el viaje, no tendría los pies tan hinchados. Pero Facunda le había hecho la recomendación en forma terminante, como una orden. Y no tenía por qué hacerle caso yo; no es más que una criada... Se sobó el empeine. Es la mala circulación —se explicó ella—, después de seis horas en el coche no podía esperar otra cosa. ¡Pero estoy aquí!... Tembló. Qué emoción más singular. Algo semejante a una amenaza, pero no hacia uno; es uno quien amenaza. Era ella, Camerina, quien de pronto, en ese instante y a pesar de su triste condición de cansancio y dolor, podía amenazar. Un impulso. El retoño de una sensación... Como las plantas allá en la casa, en mayo, esos verdes que lastiman; algo como eso...

Y (se rió) qué sorpresa para Julia si pudiera saber; si llegara a adivinar por qué había hecho

7 el viaje... Se hizo invitar del modo más cándido, sin que nadie pudiera cobijar ninguna sospecha. Fue en el comedor de su hogar, en Jalapa. Su sobrina Julia, con su esposo y sus dos hijos habían ido a pasar con ella el fin de semana. Acabada la cena hablaron de los cines y los teatros y Camerina aprovechó la oportunidad: “Aquí nunca salgo. ¿Por qué no me invitan a ir con ustedes?” Volvió a sobarse el empeine y la planta de los pies. Sonrió. Ellos se habían sorprendido; una agradable sorpresa. “¡Pero claro, claro tía! Si tú quieres...”, dijo Julia y escudriñó los rostros de sus hijos y de su marido. El arquitecto aprobó. “Sí, Camerina, si usted quiere”. Inmediatamente la voz clara y fresca de Perla: “¿Qué tiempo hace que no vas a México, tía? Deben de ser siglos, porque yo no me acuerdo”. Camerina respondió con una risa. La misma risa que ahora volvía a sentir por haberlos engañado. Lucio dijo: “Que venga con nosotros mañana mismo, ¿no, mamá?”. “No; no esta semana

—dijo Camerina—, yo tengo que arreglar mi ropa y mis cosas... Mejor dentro de unos días... La semana próxima... “Esto último lo pronunció con énfasis, para que nadie dudara de que a la semana siguiente estaría con ellos, pues no quería exponerse a que la invitación resultara una simple cortesía. “Entonces —prosiguió—, ¿vendrán por mí dentro de ocho días?” “Yo vendré, tía —dijo Lucio—. ¿Verdad, papá? ¿Me prestarás el coche?”. La cosa había resultado tan natural y simple. “Bueno —dijo el arquitecto Morente—, si tu tía va a pasar unas vacaciones con nosotros, vendremos todos por ella”. “Eso está mejor —exclamó Perla y corrió a besarla—. ¿Verdad tía Camerina?” Ella asintió complacida y observó satisfecha el rostro inmutable de Augusta que la contemplaba fijamente.

El domingo en la tarde regresaron a la capital con la promesa de volver por ella. Camerina se encerró en su recámara para evitar una intromisión de Augusta y empezó a escribir: “Mi

adorado Juan Antonio: Dentro de una semana podremos vernos”.

Mañana... Mañana puedo verlo, se dijo ella sin dejar de sobarse los pies. “Llámame tan pronto como llegues, mi teléfono es...” —decía la respuesta de Juan Antonio. Escrita por él la frase más insignificante adquiría música; una cadencia íntima que la hacía sonrojarse. Al principio la correspondencia había sostenido un tono de espiritualidad y distancia que, sin transición, se trocó en una emoción tan física y próxima que Camerina sintió miedo y decidió dar fin a las relaciones. Pero no tuvo valor para hacerlo. Examinaba con estupor la realidad, y esa realidad era la larga sala, los muebles de mimbre —vieneses—, los juguetes antiguos y ella bordando o tejiendo al lado de Augusta (diez años mayor) que daba tres o cuatro puntadas a su costura y cabeceaba media hora. Allí estaban las dos, con menos vida que un cadáver, haciendo “primores” como decían siempre las mujeres

10 que les compraban chambras y carpetitas. Dos muertas —se repetía a sí misma cuando Augusta dormitaba—; las dos hermanas muertas. De puntillas salía de la sala y se encerraba en su recámara, a escribir. “Amor mío, lo que dijiste ayer... ¿es cierto? ¿De veras me harás vivir?”.

Caminó descalza y cerró la persiana. Trece, diecisiete, veintidós, ése es su teléfono. Si hubiera estado sola lo habría llamado en ese mismo momento... Pero no lo estaba: oía a Perla y a Lucio reír en la sala. ¡Son tan jóvenes!... Observó de nuevo las paredes. Es el cuarto de un hombre —se dijo—. Lucio ya es un hombre... Dijeron que le daban su habitación porque era la más cómoda y tenía baño propio. Se acercó al librero y miró los libros. Luego abrió la petaca. En un rincón, debajo de su ropa interior, palpó el fajo de cartas. Las colocó sobre su almohada y se desvistió.

Es como si me acostara en la cama de Juan Antonio, se dijo. Un temblor la recorrió al me-

terse entre las sábanas. Acarició las cartas largo rato y apagó la luz. Después de unos minutos la habitación adquirió una claridad ligera; no era como la recámara de Jalapa que permanecía en una densa oscuridad. Mañana temprano lo llamaré a su casa —se prometió.

Empezó a temblar otra vez. No sé qué vamos a decirnos, ni qué cara va a poner cuando me vea. Se mordió las uñas. Estoy tan gorda...

Lloró sin consuelo. Porque súbitamente, y con esa despiadada y confidencial fuerza de la noche, se le hizo agobiante su situación. *Confidencias*, Sección de “Intercambio social”... Algo más ridículo que creer en los sueños. Y lo más doloroso del descubrimiento era, precisamente, lo ridículo que en ella se hacía carne. Noventa y ocho kilos estremecidos por el llanto. Soy gorda, monstruosamente gorda. Es repugnante... es... Pero no acabó la frase por un hábito nacido de la costumbre de hablar sola; costumbre en la que no habitaba la necesidad de terminar ninguna línea.

No; no voy a llamarlo mañana. Nunca... Pero inmediatamente se rebeló. Sí; sí lo llamaré, para eso vine.

12 Con la orilla de la sábana se secó las lágrimas. En vano trató de sentirse segura; ninguna afirmación era capaz de equilibrarla. Estaba fuera de lugar y la ciudad enorme con sus calles desconocidas era un enorme enemigo. Hoy vivía ese miedo al mal y al peligro del que Facunda le había hablado muchas veces en Jalapa, cuando eran algo tan ajeno a ella como el interior de una cantina o de un burdel. Esas cosas que habían existido de continuo al borde de ella y que de pronto, y sin ninguna consideración para su pasividad e ignorancia, podían aposentarse en su interior con exigencia.

En un tiempo hubiera podido decir: “papá” o “mamá” y conjurar así el miedo más tenaz. Pero ahora “papá” y “mamá” no tenían ninguna fuerza; la habían ido perdiendo ante sus ojos; hasta agotarse, enfermar y morir.

Posteriormente, ella fue la fuerza. Ella sola, porque Augusta no era una persona, era una cosa que cada día comía menos y dormía más. Algo que, por inalterable, podía llegar a remem- 13 dar la eternidad. Augusta era capaz de engañar a la muerte, a ese hecho súbito (a pesar de que a veces se esperaba durante años, día tras día, siempre resultaba súbito, un poco improvisado) que una mañana, al limpiar las jaulas de los canarios, había trocado a su madre en una muerta. Se miraron horrorizadas, pero seguras antes de ninguna comprobación. Los canarios cantaban y había mucha luz. El grito de Augusta la sacudió. Las dos cayeron de rodillas ante el cadáver, llamando, llorando, y eso mismo hicieron durante varios días.

Este recuerdo era del tiempo en que Augusta hablaba; varios años antes de lo que Camerina y su padre, don Teodoro Rabasa, llamaron “la terrible enfermedad de Augusta”... En los días de ese lejano recuerdo sólo había existido la

enfermedad de mamá. Sus cólicos. “Algo del hígado”, como dijo el doctor hasta el día de su muerte. Y ese mismo deceso causó la enfermedad de su esposo. Pero don Teodoro Rabasa era duro. “De una resistencia de caballo”, decía el propio doctor. Y también llegó su muerte, lo acompañó por años —por tantos años que pareció que ya se había conformado con eso.

¡Duró tanto tiempo!... Todo el tiempo de Rodolfo Gris y todavía cuatro años más. De ese tiempo, el de Rodolfo fue el más bello. Aun Augusta había creído en eso. Ella la animó. Ella la obligó a corresponder su amor y aceptar que viniera a pedir permiso a don Teodoro. Y fue también Augusta la que suavizó la oposición de su padre y hasta obtuvo su permiso. En días de mal humor don Teodoro torturaba a Camerina ridiculizando a Rodolfo. En esos días ella se encerraba a llorar. “Creo que es mejor terminar con él” —le decía a Augusta. “No —respondía su hermana—. No es ne-

cesario llegar a ese extremo. No seas tonta. Yo arreglaré a papá”. Y lo arreglaba.

Ahora con mucha frecuencia en esa cadena interminable de tardes en que las dos tejían en la sala, Camerina reía de pronto asaltada por un recuerdo grato y decía: “Te acuerdas Augusta de cuando...” y repetía la anécdota o el incidente, sin que Augusta la escuchara. No parecía tener voz más que para hablar de estambres, hilos, colores y medidas. “¿Para niño de un año me dijo usted? —preguntaba a una clienta—. ¿Qué color?”. Pero si se le hablaba de otra cosa era inútil esperar respuesta. Por eso no había podido hablarle jamás de Juan Antonio. Por eso, y porque tenía miedo a perderlo, como a Rodolfo Gris.

II

Es complicado iniciar la reconstrucción de uno mismo y regresar con otros ojos a una vida vivida hace mucho tiempo, con objeto de apresar su significado, y saber: ¿por qué existe uno? ¿Por qué? En ocasiones, en una de esas hermosas tardes (especialmente las de otoño), sin más ruido que el del agua que cae en la fuente y el de sus propias pisadas, lentas, apagadas por las pantuflas, había podido saber o cuando menos imaginado qué era ella, qué eran todas las cosas y la vida. Había sentido la existencia de una armonía inapresable pero cierta, en el simple acto de extender la mano para tomar el último tulipán del arbusto y mover la rama hacia arriba para contemplarlo mejor. Había algo de eso... Algo que se esperaba, que le era afín y natural. Ella, a fuerza de vivir entre esas paredes que rodeaban la casa y el jardín, había aprendido a amar cada hoja, cada flor, cada ruido (no las

orugas, que siempre le producían repulsión y a las que con el palo de una escoba tiraba al suelo y luego pisaba), como parte y prolongación de sí misma. Experimentar eso era agradable. Si venía el frío a molestarla corría a su recámara, se ponía encima un chal y salía de nuevo a ver sus flores, sus árboles, y hasta sus nubes. Unas nubes que a pesar de los cambios del tiempo, parecían ser siempre las mismas, pertenecerle. Eso es la vida, eso es que uno está viviendo.

Eso había sido y dejado de ser; porque aquí vivir era de pronto el principio del peligro y la inseguridad. Entraba la luz al cuarto de Lucio y se oían los ruidos de la ciudad. Era una noche extraña a ella; no podía identificar los sonidos ni reconocer la normalidad o anormalidad de ninguno de ellos, como en Jalapa. Escuchaba: era Augusta (reconocía sus pasos) que se había levantado a traer un vaso de agua. En los últimos años había adquirido la costumbre de levantarse a media noche por agua.

Se empeñó en entender lo que Perla y Lucio decían en la sala. Llegó a ella una palabra completa, pero se confundió con otras, se unió como un rosario; una enorme frase imposible de descifrar. Luego —más próxima—, oyó la voz de Julia dándoles una orden.

—Miren si está puesto el candado.

Una voz suave y decidida a la vez, que en nada recordaba a la voz de aquella “Julita” que ella había querido cuidar. Julita... Julia... De una mano la llevaba ella, de la otra Rodolfo Gris. Llegaron a una casa abandonada, en las afueras de la ciudad, donde las matas de higuierilla crecían con inútil afán.

—Nunca serán árboles, ¡pero son tercas! Si mi tío las viera volvería a morir; siempre estábamos pendientes de que no creciera el zacate —dijo Rodolfo—. Le gustaban solamente las flores, las gloxíneas y los claveles.

—¡Pero...! Entonces, tú viviste aquí —exclamó Camerina—; ¿de chico? No me lo habías dicho.

—Sí te lo conté —afirmó él, seguro—, hace tiempo.

—¡No!

Él se desconcertó.

—Es cierto, fue a Augusta...

Hicieron el regreso en silencio, sólo Julia hablaba y reía de quien sabe qué.

Qué raro recordar aquí eso de las gloxíneas y los claveles —se dijo Camerina—, sin duda que fue por Julia. Dio media vuelta. Sus mejillas estaban húmedas. Se secó con las manos. Luego esas mismas manos palparon por debajo de la almohada en busca de las cartas de Juan Antonio.

Otra noche, lejana, muy lejana. Se abrió la puerta.

—¿Por qué lloras? —preguntó don Teodoro Rabasa. Camerina no respondió—. ¿Es cierto que tienes novio?

Camerina lo observó recelosa, sorprendida. Don Teodoro había envejecido rápidamente. To-

maba mucho vino y coñac desde la muerte de su esposa; tenía canas y su piel empezaba a hacerse floja, a colgar, cansada.

—... ¿Tienes? —gritó.

Ella asintió. Nunca había aprendido a mentirle.

—Tráelo. Les daré permiso.

—Sí, papá.

Don Teodoro salió tambaleando. Entonces entró Augusta.

—Le conté —dijo alegre—. Tienes suerte. Tráelo mañana mismo. Tenemos que aprovechar.

El tiempo, entonces, no tenía la prisa de ahora; la historia se hacía en pausas, largas pausas en las que parecía no ocurrir nada. Rodolfo venía todas las tardes, cuando no estaba de viaje en la capital. Charlaban en la sala los cuatro. La misma larga sala de ahora que en esos días parecía poseer el secreto de la paz. Interminables horas siempre iguales, ninguna discordancia, ninguna prisa. Era en una época en que se podía esperar muchos años, muchos, sin apremio. De tal lentitud que a veces se

antojaba que podía seguir así interminablemente y hasta se temía el más ligero cambio. Por eso, sin duda, nunca hablaban de política y trataban de evitar cualquier comentario que les hiciera comprender que la vida llevaba otro curso, lleno de cambios decisivos. En las tardes en que toda la ciudad corrió de un lado para otro y sonaron los disparos de los rifles, ellos cuatro siguieron inalterables, tercos. Don Teodoro no quería vivir hacia adelante y las tertulias le servían para unirse con el pasado. Camerina y Augusta tampoco deseaban otra cosa que la alegría de estar allí con Rodolfo: ofrecerle galletas, chocolate; hablar de música, de versos. Amar en suma, no vivir en el tiempo. Y Rodolfo las seguía, halagado y sumiso. Era el último y único descendiente de una vieja familia de Puebla y entre los Rabasa encontraba un remedo de hogar y una gustada protección amorosa.

Sí; desde la llegada de Rodolfo Gris el tiempo dejó de tener medida. Todavía un mes an-

tes de su compromiso los días se medían por el luto que guardaban por su madre. Cinco años apagados en que la muerta había permanecido al lado de su marido e hijas. Mineros incansables, cavando de continuo en cada recuerdo, trocaban la frase más insignificante de la muerta en un vaticinio, en algo preñado de significado. Hasta que esa vida se convirtió exactamente en una mina agotada de largos corredores vacíos por los que nada pasaba y era inútil detenerse a esperar algo nuevo. Don Teodoro, en su borrachera, era el único que poseía aún el don de hallar recuerdos, el único capaz de revivir un pasaje trillado, árido, y trocarlo con el sopor del alcohol en reciente y vivo. Pero en ellas dos se rebelaba la paciencia, la sangre. No eran jóvenes. Se exigían inconfesables cosas, luces, encuentros. Ninguna era capaz de hacer eco a su padre en ese continuo saqueo del pasado que él por más viejo aún no agotaba, y que además poseía el poder de tergiversar a su antojo, de inventarlo, alargarlo y exigir todavía

crédito: “Ustedes no saben cuando...”. “Nunca les he contado que...”. Se le trababa la lengua y a veces, a mitad de un recuerdo inventado, empezaba a sollozar o dejaba de narrarlo para cantar algo, también inventado. Para ellas la misa y las idas al mercado eran el único desahogo. Un día, Augusta propuso:

—Padre, en vez de pagar a un hombre para que cobre las rentas podíamos hacerlo Camerina y yo, nos serviría de ejercicio.

Pero don Teodoro se enfureció y acabó su disgusto con un terminante: “las mujeres en la casa”.

Por eso la llegada de Rodolfo Gris fue sorprendente, casi irreal, pues vino a romper una rutina carcelaria. Aun para don Teodoro resultó agradable, pues tenía muchísimo que contarle. Y Rodolfo Gris sabía escuchar. En esas tardes Rodolfo nunca aceptaba más de dos copas de coñac y esto parecía hacerlo por cortesía y no por placer. Camerina a veces se ahogaba de risa; una risa inmotivada. Pensaba en el miedo que

había sentido de confesarle a su padre que la enamoraba Rodolfo Gris (forastero, poseedor de muchas fincas heredadas) y en que ese miedo había dado paso a esta vida risueña en la que el prometido había venido a encajar perfectamente. Había que reír, porque era feliz: Rodolfo es un hombre serio, maduro, enamorado. 25

Luego, contagiada, también Augusta reía. Se miraban las dos y la risa se hacía más franca e irrazonable.

—¡Ah! Estas niñas —decía don Teodoro Rabasa—. Véalas Rodolfo, ríase usted de ellas: un par de niñas tontas.

—Confiesen —pedía Rodolfo—: ¿Por qué es la alegría?

Camerina no pudo responderle, se llevó el pañuelo a la boca para ahogar una carcajada, y fue Augusta la que dijo:

—La alegría no tiene explicación, Rodolfo. No debe tenerla.

III

Una bala hizo añicos el cristal de la ventana. 27

—Tengo miedo, Augusta. Me da miedo.

—No te asomes. Debe de ser algún borracho... Una riña. Aquí no nos pasará nada.

—Pero puede pasar. Con tantas cosas que han sucedido allá afuera.

La criada entró corriendo. Cerró los postigos. Quedaron en penumbra.

—Vamos a rezar —les dijo.

—Sí, un rosario.

—¡No puedo, yo no puedo Augusta! ¿Cómo vamos a rezar?

—¡Híncate! Pide por Rodolfo: que nos lo devuelva Dios con bien. Pide también por papá. Después te haré un té de tila. Dios te salve María...

La sirvienta encendió una veladora. Al anochecer fue a comprar más y desde ese día se

encargó de estar pendiente de que nunca se terminara la luz del altar. Así pasaron dos meses; hasta que regresó Rodolfo.

28 A su llegada se evitaron las preguntas y los comentarios. El mundo exterior era ficticio. Sin embargo, los postigos permanecieron cerrados y las gruesas hojas del zaguán sólo se abrían para que alguien saliera o entrara; jamás volvieron, como antes, a abrirse a las siete de la mañana ni a cerrarse al anochecer. Los tiempos eran malos, escaseaban los alimentos principales, pero por suerte para ellas, en un momento de lucidez, don Teodoro repletó sus bodegas de comestibles, y de coñac.

Hoy esas mismas bodegas estaban llenas de cajas vacías y muebles rotos y no desempeñaban otra función que la de conservar lo innecesario. Desde varios años atrás Camerina no se atrevía a entrar a ellas: aquel frío estancado en las paredes y el suelo le helaba la espina dorsal, y no podía dar un paso más sin la certeza de que

ese mismo paso la pondría al peligroso alcance de una araña —esas arañas pequeñas, negras, venenosas. En la entrada decidía que no había suficiente motivo para buscar nada allí. Es basura, ninguna cosa sirve, se decía, retrocediendo. Vagamente (dispuesta a no pensar más en ello) se prometía enviar un día a Facunda para que aseara.

29

La luz del jardín y los colores de las flores eran un inmediato alivio. Hacía un pequeño recorrido alrededor de los arriates para contemplar los nuevos botones de una rosa y charlaba con ellos en voz alta. Una mañana, a mitad de una conversación, con una mata de claveles, se encontró con los ojos de Augusta. Camerina enrojeció.

—¡Qué te importa! No estoy loca. Tú no quieres hablar conmigo.

Su hermana no dio la menor señal de escuchar y ella, con una sensación de derrota, prosiguió su diálogo, aunque en voz más baja.

Después, cuando empezó lo de Juan Antonio, Camerina decidió dormir sola y pasó sus cosas a la que había sido la recámara de su padre. Allí se sentía libre de Augusta y además había un escritorio del cual sólo ella tenía llave. En el cajón central guardó las cartas. A veces le pesaba su secreto y tenía que gritar su nombre: Juan Antonio, con los labios sobre la almohada. Un nombre que terminaba en una mordida, producida por una insatisfacción que no tenía más recompensa que una furiosa felicidad cifrada en el placer de ser un secreto, de engañar a los demás.

Una mañana escuchó el disco de una canción moderna, de un carro de propaganda de Palmolive. En su jardín aquella música venía a rasgarlo todo y a permitir en la ruptura que ella alcanzara una emoción extraña. Tuvo ganas de seguir el ritmo pero se inhibió: no el pudor, la certidumbre de la fealdad de su cuerpo. Tal vez no llegaba a confesarse tanto, pero sí admitía un principio de obesidad.

Ese mismo principio que al iniciarse, y la iniciación era ya lejana, la había espantado; pero con un espanto que esperaba aún la reparación de la naturaleza y no su progreso.

La tarde en que se lo contó a Augusta, ésta dijo:

—Sí, ya lo había notado. Estás engordando mucho.

No cabía disculpa ni duda: era la verdad. La faja se había estirado a su máximo y ahora le quedaba suelta, la engrosaba más en lugar de beneficiarla.

—¡Abre! —gritó Augusta—. ¡Me estoy asfixiando! No tiene objeto que sigamos con las puertas cerradas. Abre ya... Ay, Dios mío, ha durado demasiado este verano. Es necesario que termine. Es necesario... ¡Más, Camerina! Abre todas las ventanas... Por favor, me ahogo... —se rió y señaló a su padre—. Debía ahogarme como él, de borracho... Eso me haría bien.

—¡Dios del cielo! Ni lo digas.

—¡Mojigata! ¡Boba!... Así está bien, así no reventaremos de calor... este calor. Sírveme a mí un coñac, sírvete uno para ti... No sé. No sé —se cogía la cabeza y se la apretaba—, es este inmundo bochorno que no me deja en paz... ¿Y cuándo se va a casar Rodolfo contigo? Tienen muchos años de relaciones, ¡ya es hora!

—Pero tú has dicho que no, que papá no permitiría.

—¡Y qué importa lo que yo diga! ¿Por qué me haces caso? ¡Y él! —volvió a reír—. ¡No me digas que él también me hace caso! Que le hable a papá, que venga mañana, cuando el señor no esté borracho, y que le diga que ya es hora. ¡Pero pronto!

Se tomó la copa de un golpe y salió al jardín. Dio una rápida vuelta y regresó a la sala para servirse otra copa.

—¡Sí, Camerina, pero es una gordura honesta! No te apenes.

Está rara —pensó Camerina—; nunca es así conmigo... Debe ser por el calor.

Ese año la temperatura ascendió y afectó a todos; principalmente a don Teodoro. Camerina lo sentía por las criadas. Se imaginaba que ellas lo comentaban en la cocina, porque ya lo había visto muchas veces en su sillón de mimbre, durmiendo la mona.

Si no hubiera sido por la gordura ella se habría preocupado más por su padre, pero ahora solamente podía preocuparse por aquel fenómeno al que además no podía detener. No estaba dentro de sus fuerzas el dominar el hambre. Bajaba a la bodega cuando no la veía nadie y se tomaba una o dos latas de leche condensada, una leche rica, espesa y dulce.

Rodolfo le trajo un día de regalo un gatito de angora de largo pelo y un ojo verde y otro azul. El gatito se volvió el consentido de todos y la compañía principal de Camerina. Sin ninguna razón Augusta la había dejado con las responsabilidades de la casa. Salía a la calle en la mañana y en la tarde aprovechando el sueño de su padre.

Regresaba cansada, roja, y ordenaba que le hicieran limonada. Camerina quedaba sola; con su padre no podía contar ya que si estaba sobrio se encerraba a escribir sus “Memorias” (de las cuales no quería hablarles hasta que no estuviesen terminadas), o bien se ponía a beber coñac y a hablar de su esposa. Pero en las últimas semanas se había vuelto desagradable. Les contaba cosas feas, verdaderas porquerías, y una noche Camerina le dijo a su hermana:

—Debía recordar que somos señoritas.

Ella procuraba no escucharlo y hasta había inventado un modo de defenderse de sus confesiones. Tan pronto como las iniciaba se ponía a pensar en otra cosa: en las cuentas del gasto, en Rodolfo, o en las latas de leche condensada. Y así, a veces, ni se daba cuenta de cuando había terminado de hablar.

—Hoy me dijo Rodolfo que pronto le hablará a papá —le contó en la noche a Augusta—. ¿Sabes por qué no se ha decidido...? Es que

perdió muchas tierras. Le queda poco. No entiendo mucho de lo que él me cuenta, pero le da vergüenza decirle a papá que no es tan rico como antes... Con todas estas cosas horribles que han pasado. Yo le digo que no se preocupe, que a mí no me hace falta nada y que, en último caso, podemos vivir aquí.

—¡Aquí no!... No; no lo tomes así. Te quiero mucho... Pero es necesario otro hogar, que te ponga tu casa.

—¿Verdad?... Una casa pequeña, sin los lujos de ésta.

—Sí, sí; cualquier cosa.

Apagaron la luz. Ninguna de las dos dormía.

—Está más pobre de lo que ha dicho —exclamó Augusta—. ¿No te has fijado en sus zapatos? Los trae rotos desde hace más de un mes.

IV

Camerina despertó sobresaltada y con una sensación de culpabilidad que aumentó al notar que el sol, a pesar de la persiana, inundaba la recámara de Lucio. Debía ser muy tarde y tenía una vergüenza horrible de que Julia creyera que siempre dormía tanto. Es que dormí muy mal... —se dijo al levantarse. Pasó al baño y con cautela abrió la llave de la regadera; sí, caía agua caliente. Reguló la temperatura y se metió. Es que no dormí... —el jabón le entró a los ojos. Un escozor agudo y doloroso que pronto se disipó. A través del agua contempló el azulejo verde mientras se frotaba el cuerpo. Sus movimientos eran torpes. Se sentía un poco sorprendida por ese baño que no tenía en nada el aspecto de improvisación y vejez de su baño de Jalapa. Éste era nuevo, relumbrante, el agua caliente corría y todo marchaba acorde. Las toallas eran de un

hermoso tono café que hacía contraste con las paredes. Había también un espejo en el cual, si quería, podía verse. Pero... Es la costumbre. Me da pena. Le parecía una cosa vergonzosa dar unos cuantos pasos hacia la izquierda para contemplarse desnuda en ese espejo. Si hubiera sido uno pequeño, de esos en que nada más aparece la cara y que para ver lo demás hay que inclinarse en el mismo como si se tratara de un estanque, pero que ni así se logra ver mucho, entonces no se habría avergonzado. Pero la molesta seguridad de que aparecería de cuerpo entero en la luna la perturbaba porque esos mismos ojos (los del espejo) podían ser los de Juan Antonio. Entonces resultaba que dar esos pasos era algo tan grave como darlos hacia él. Porque así va a ser... Que él me mire.

El espejo se había empañado por el calor del agua. Cerró el grifo, se quemó con unas últimas gotas de agua hirviendo, y se acercó. Su mano regordeta talló la superficie.

No se sonrojó, pero dentro de ella todo latía con perturbación. Su cuerpo no era nuevo, se sabía así. Resultaba reciente una sensación de pecado nacida de un casi imaginar (no llegaba a atreverse por completo) qué es un contacto, qué las manos ajenas palpando esa carne. Su piel temblaba. El temblor terminó con la frotación enérgica de la toalla. Sus movimientos fueron más rápidos que de costumbre y en unos cuantos minutos estaba vestida, de pie ante el pequeño espejo de la recámara. Allí la acción volvió a su normal lentitud, que acabó con la aplicación —tres veces—, de sus polvos blancos. Vio su reloj. Era la hora en que de ordinario regresaba a su hogar, de misa, y hallaba a Facunda limpiando el corredor.

Perla estaba vestida con un traje de lana, a cuadros diminutos, entallado como un guante. Camerina se preguntó cómo era que Julia permitía que su hija vistiera así, siendo tan joven. Luego se preguntó (mientras les iba contando lo

mal que había pasado la noche) de dónde salían esos cuerpos de los jóvenes. Un nuevo patrón de líneas al mismo tiempo delicadas y enérgicas que hacían el cuerpo más flexible y desenvuelto. Había en ellos un candor, ¿candor pernicioso?, dispuesto a desafiar. No era sólo el efecto de una moda, era algo mucho más profundo que no alcanzaba a determinar y que le hacía sentir temor.

Uno de los gestos de Perla la hizo sonreír, corresponder la sonrisa de Perla que la observaba, amistosa. La sonrisa de Camerina se hizo más amplia. Tal vez podía ayudarla. Tal vez se prestaría gustosa a acompañarla, en secreto, a la cita con Juan Antonio. Se sintió de pronto ligada a ella por una corriente confidencial y sólida. Perla le propuso salir de compras y ella aceptó inmediatamente. Trece, diecisiete, veintidós, ese es su teléfono. Cuando estuviera en la calle podría empezar a contarle y después, de acuerdo las dos, lo llamarían para darle la cita. Desde ese momento Perla había pasado a formar parte de

su secreto. Eran amigas íntimas, cómplices. Lejos del silencio de Augusta, cualquier situación resultaba creíble.

—Perla ingresará a la Escuela de Derecho el año que entra —dijo Julia.

—¿Y a ti te gusta eso? —preguntó Camerina.

—¡Por supuesto! —contestó Perla—. Yo lo escogí.

Camerina Rabasa consideró que esa decisión no era desconocida para ella, la reconoció mientras comía el pan con mermelada; era la misma decisión, la misma firmeza de Julia cuando al volver del internado le manifestó que se casaría con el arquitecto Morente. Había enviado a una niña al colegio y regresaba una mujer a decirle que se casaba.

—¡No es posible! Eres una niña.

—El tiempo de discutir si soy o no una niña pasó hace mucho. Comprende, títa: no te vengo a pedir permiso... Te quiero mucho, eres muy buena... No llores, no hay razón. Nos irá bien.

Augusta escuchaba. Camerina se volvió hacia ella en espera de apoyo.

—¿Tú qué dices? —le preguntó.

42 —¡Nada! —gritó Julia—. Ella no dirá nada. No tiene derecho a decir una sola palabra.

Besó a Camerina en la mejilla y salió a la calle a comprar algo especial para la cena.

—Tú tienes la culpa... tú la hiciste así, Augusta... No sabemos nada de ese hombre... no sabemos nada de ella. La envié al colegio para que fuera más feliz. Si tú y yo tuviéramos amigas, si tratáramos gente, no habría tenido que irse, ni habría conocido a ese profesor de matemáticas... ¡Es tan chica! Tú tienes la culpa, Augusta.

Su hermana no respondió y ella salió a llorar al jardín. Por la noche, poco antes de que el arquitecto Morente llegara a cenar, le dijo a Julia:

—Puedo oponerme; eres menor de edad.

—¡No me importa! Pero no te opondrías si te digo que voy a tener un hijo de él... No es cierto.

No. Pero puede serlo cuando yo lo quiera. ¿Ves, tía? No vas a oponerte... Pon buena cara, que le he hablado bien de ti. No llores.

Hoy al recordar, Camerina no se explicaba sus lágrimas. 43

Volvió a observar a Perla: “¿qué pensará si yo le cuento?”.

—Tenemos que llevarte al teatro —dijo Perla—. ¿No te espantarás?

Camerina soltó una carcajada. Debía demostrarle que eran iguales, que no se espantaba de nada, que podían contarse sus secretos.

—¡No!... —su negación y su risa sonaron juveniles, y agregó empleando una coquetería desusada en ella: soy una vieja.

■ ■ ■ ■

Después las horas se volvieron interminables y agotadoras. Llegó el momento en que sintió náuseas; un mareo nacido del olor de gasolina, del exceso de gente en los almacenes, y la prisa y la

asfixia de los elevadores, todo regido por el mando incansable de Perla que la guiaba como a una niña entre las sedas, los zapatos, los perfumes.

44 —¿Por qué no cambias de polvos? —le preguntó.

Camerina sintió que su sobrina y la chica del departamento de cosméticos la analizaban.

—Estoy contenta con los que uso... ¿O crees que me quedan mal?

Perla sacudió la cabeza.

—No, tienes razón —se volvió a la empleada—. De arroz, señorita.

Fueron a tomar un refresco y Camerina advirtió al sentarse lo cansada que estaba y lo hinchado de sus pies. Tenía ganas de quitarse las zapatillas, pero tenía la certeza de que no podría volver a ponérselas. Ahora —se dijo cuando les sirvieron los refrescos— puedo aprovechar para contarle. Transcurrieron en silencio varios minutos. Parecía que Perla había adivinado su intención y le daba la oportunidad de iniciar la

confidencia y de pronto Camerina se puso a hablar de su gordura.

—... Y ninguna ropa hecha me viene. Es una verdadera desgracia, porque cada día es más difícil encontrar una buena costurera. 45

No podía parar, seguía y seguía hablando de lo mismo; de una posible dieta, de no comer más chocolates. Somos distintas —pensaba con desesperación—, no podrá entenderme, no puedo contarle... Quizá sea mejor acudir a Julia.

Cerca había un teléfono. Trece, diecisiete, veintidós. Juan Antonio. Podía con toda naturalidad ponerse de pie y decir simplemente: “Voy a hacer una llamada”. Perla era tan libre, tan despreocupada, que quizá ni siquiera preguntara: “¿A quién?”. Pero si lo hacía, si preguntaba, habría que narrarle toda la historia y en ese caso parecería que lo hacía por compromiso, porque la había descubierto. Debía primero decirle: “Estoy enamorada, Perla; tengo novio, he venido a verlo”.

—Espérame un momento —dijo Perla—. Voy al baño.

46 Camerina la vio alejarse. Contempló el teléfono. Un hombre lo tomó en ese instante. Cuando él termine hablaré yo, se prometió ella. Había llegado la hora. Estaba libre, sola por primera vez en su vida: mamá ha muerto, Rodolfo Gris ha muerto, papá ha muerto, Augusta, también, ha muerto. Debía apurarse, debía aprovechar el tiempo. La vida era una posibilidad a su alcance; aunque Augusta no hubiera muerto. Vivía Juan Antonio Ulloa, tenía un número de teléfono, se habían escrito muchas cartas y la esperaba esta semana. Hoy.

V

Camerina ocupó el asiento trasero del coche, junto a Perla, con una sensación de fracaso. 47

—¿Quieres ir a otra parte, tía? —preguntó Lucio.

—No —respondió ella—, a la casa; es muy tarde.

—Mañana veremos unos vestidos —dijo Perla y le palmeó la mano.

Fue una cobardía —pensó Camerina, y empezó a morderse las uñas—. El coche atravesaba las estrechas calles del centro, llenas de vehículos y gente, con lentitud. Pude llamarlo; tuve tiempo de tomar el teléfono antes de que ella regresara... Pero no lo hizo, se quedó clavada en su asiento, deseando que volviera Perla a liberarla de esa situación cuanto antes.

—¿Estás llorando? —preguntó Perla.

—No; es la gasolina, o el humo, ¡no sé! No estoy acostumbrada.

Se limpió con un pañuelo diminuto, bordado por ella misma, y observó a los transeúntes hasta que supuso que Perla había dejado de fijarse en ella. Lucio aumentó la velocidad y se volvió a preguntarle:

—¿Te diviertes?

—Sí... Es muy bonito —le echó una mirada a la estatua de Cuauhtémoc y después vio a un hombre joven. Pensó en Juan Antonio con desesperación.

Hay algo infranqueable entre esto y lo que había pensado —se dijo—. Yo no pude... y quiero... Sí quiero llamarlo; desde hace meses, desde ese día en la azotea.

Era mayo, primavera exigente; el calor, el perfume, el color, todo sitiaba a la ciudad cuya parte baja ella podía alcanzar con la mirada desde la azotea. La ciudad había crecido: el nuevo edificio de Correos, las recientes construcciones de departamentos, cada vez más altas. Pero el progreso aún no era tan grande que lograra

borrar el horizonte tan conocido de los cerros; solamente un edificio, el más cercano, alcanzaba a truncar ese remoto último extremo de cerros a un lado del cual moría diariamente el sol. Allí estaba ella en observación; a ratos alguna mosca se acercaba a zumbear cerca de su rostro y la espantaba (un zumbido desagradable, irritante: odiaba los insectos, las moscas de día, los mosquitos de noche). Siempre había estado satisfecha de que la caprichosa configuración del terreno en que se extendía la ciudad colocaba la casa de los Rabasa a una altura superior a las vecinas, y gracias a ese sitio privilegiado podía ver con cierta conmiseración el estéril esfuerzo de los arquitectos por privarla del paisaje. Pensaba que, de seguir haciendo construcciones monstruosas y altas a su alrededor, Dios no los dejaría impunes y mandaría un temblor que derribaría todos aquellos adefesios y ahuyentaría a las nuevas familias que en ellos vivían. Personas desconocidas que no sabían quién era ella, quién había sido su padre,

cómo era Jalapa antes. Pero hoy no pensaba en esos advenedizos. Había subido a la azotea por otra razón. Solía ir una o dos veces por semana para espiar las casas cercanas: contemplaba por una media hora la vecindad y bajaba a comentar con Facunda los cambios, las vulgaridades, la pobreza, y a repetir alguna frase que había llegado hasta ella. Algunas veces la esposa del carpintero la había insultado por curiosa. Una mujer ordinaria, robusta, cuarentona, que decía picardías y guaseaba con los operarios de su marido. La espalda de la casa de los Rabasa y la del carpintero se unían, lo que daba a Camerina un buen punto de observación y crítica.

Pero hoy ella no notaba qué sucedía allá abajo. Contemplaba la distancia. Por fin se decidió y sacó del bolsillo del delantal la revista.

Esa mañana, como todos los días, después de escuchar misa en la Catedral, había subido al mercado a comprar verdura y carne. La cuesta que unía la Catedral con el mercado era más pe-

sada por el sol. Los estudiantes del colegio preparatorio bajaban, ruidosos y ligeros, a gozar de la hora libre en el parque mientras ella ascendía fatigada. Olía a primavera. Los puestos de piña estaban atestados; en los frentes ponían pequeñas vitrinas llenas de rebanadas amarillas, jugosas, en las que se posaban las abejas a chupar. Camerina sentía esa primavera, ese reventar de colores y aromas, con azoro y envidia.

En la esquina, sofocada, se detuvo ante el puesto de periódicos. Ya antes había pensado en comprar esa revista; la criada le había contado que... Debía de ser sin duda efecto de la primavera, pues se atrevió a pedirla sin la menor vergüenza, como si cada semana la hubiera comprado: *Confidencias*. La echó en su bolsa de yute (recuerdo de un viaje de Perla a Cuernavaca) y prosiguió el ascenso hacia el mercado en el cual la primavera se volvía desagradable al trocarse el aroma en peste; se descomponía la verdura, la fruta, el pescado.

Por la tarde, mientras Augusta dormitaba en el corredor, Camerina subió a la azotea para leer tranquila la revista. Con letra blanca en fondo azul decía: “Confidencialmente”. Leyó un párrafo en que una “viuda joven con dos hijas” pedía consejo porque un ex seminarista quería casarse con ella “por lo civil nada más” y no sabía qué hacer. Más abajo su atención cayó en una línea que le gustó mucho: “Indeciso del D. F.”.

Soy joven, ojos café claro, piel casi blanca, muy tímido. Quisiera encontrar dama capaz de comprenderme y a quien escribir. Mi familia quiere que me case con una prima, pero yo no la quiero. Creo que puedo encontrar a la que amo si la busco, pero no sé cómo empezar a hablarle a una mujer. No sabría qué decirle ni qué hacer. Mi indecisión me agobia y a ratos quiero matarme. Necesito a alguien que me aconseje y me dé cariño.

Camerina se sintió muy conmovida por el joven “Indeciso” y aprobó con varios movimientos de cabeza y suspiros la recomendación de la Editorial que aconsejaba al joven que se diera a conocer con menos reservas y que hiciera uso de la sección “Intercambio Social” de la misma publicación. Luego pasó las hojas, una tras otra, impaciente por llegar a esa sección. Había en ella una larga explicación de cómo redactar el anuncio, cuánto costaba por palabra para el país, cuánto en dólares para el extranjero, un pago especial si se quería obtener la dirección de algún anunciante, y muchas otras aclaraciones que consideró de menor importancia. Los “anunciantes” tenían su número y Camerina se asombró de que el número con que se iniciaba ese ejemplar fuese el 77 238. El primero era de una “divorciada con esperanzas de rehacer su vida”; le seguía un “Caballero mexicano residente en los Estados Unidos”; después, otra mujer: “Soy culta sin creerme sabia...”; luego un “Joven

noruego que trabajaba en una casa de refacciones...”. Se leyó entero el anuncio 77 245, que decía:

54

Este llamado es sólo para muchacho que reúna estas cualidades: 20 a 25 años, alto, hermoso, no importa nacionalidad, ojos verdes (sin ser requisito indispensable). Soy señorita, simpática, con inmensos deseos de amar. Ruego que al escribirme envíe foto. A vuelta de correo recibirás la mía. *Confidencias* tiene mi dirección.

Tuya, Lolita.

Lolita le pareció una desvergonzada y consideró que era horrible que junto a algo tan sincero y hermoso como lo del joven “Indeciso”, apareciera la inmundicia de esa puerca que de antemano se entregaba.

Abajo, en la casa del carpintero, se oía una canción. Voces cálidas, sensuales. Todo era fuerte y decisivo; la luz, en esa última hora de existencia, parecía estallar en millones de puntos centelleantes. El verde de las plantas relumbraba, zumbaban las moscas y las avispas, sonaban los martillos, las sierras, las voces de los hombres, y en sus manos la revista temblaba.

55

—Le escribiré a ese muchacho —exclamó en voz alta.

Inmediatamente pensó que había dicho un desatino y que jamás cometería semejante tontería. En buena edad estaba para hacer tal ridiculez. Se juzgó y recriminó con las frases que Augusta (si hubiera hablado) le habría dicho. Acabó perdonándose a sí misma: no había sido más que un arranque, una broma. Sonrió. Vio a la ciudad vacilar por el calor en un mareo de aromas y vibraciones. De un instante a otro la noche caería y con ella se mitigarían las exigencias.

Abajo, como nacidos del infierno, surgieron dos carpinteros desnudos de la cintura para arriba: unos cuerpos hermosos, morenos. Algo que una señorita no debía ver. Pero ellos no sabían que los observaba. Avanzaron cargando una viga. Las gotas de sudor les brillaban en la piel como luceros. Camerina sintió rabia... Es obsceno, es asqueroso, es... Desaparecieron dentro de una galera. Siguió oyendo sus voces, pero no los veía y eso resultaba peor que cualquier exceso o impudicia.

Se quedó mucho rato con la mirada clavada en la entrada de la galera, pero anocheció y los hombres no volvieron a salir. Bajó. El calor seguía encerrado en la casa. Augusta tejía en el corredor. Camerina fue a su recámara y escribió la primera carta.

VI

Cuando empezó noviembre la niebla vino a pegarse a la ventana de su habitación, anunciando el invierno y la humedad. Al atardecer el frío le entumeció las piernas. Hacía más de seis meses que se escribía con Juan Antonio y un día iban a encontrarse. Pero la neblina, con su aplastante suavidad, parecía negar ese encuentro.

—¡Tú no sientes nada! —gritó llena de rabia—. Ya no te quiero, Augusta. ¡Muérete, muérete antes que yo!

Augusta la contempló con sus ojos opacos y Camerina soltó a llorar arrepentida. Quiso pedir perdón, pero Augusta había dejado de verla y tejía. Camerina fue a la cocina a prepararse un té con coñac y envió a Facunda a comprarle cigarrillos. Reflexionó: no estaba arrepentida, no quería a Augusta y deseaba su muerte para librarse de su presencia fantasma. Su reflexión la azoró.

Pensar ella eso, cuando tanto había querido a su hermana. Un cariño viejo que ya acompañaba sus primeros recuerdos y que creció con ella en cada situación, especialmente a la muerte de su madre. Desde ese día se dedicó a mimarla y trataba de adivinarle el pensamiento y de quitarle el trabajo.

Así empezó un gusto, un deseo de halagar, que con el tiempo se convirtió en una obligación ineludible, pues Augusta no volvió a preocuparse por la casa.

Empezó de un modo súbito, como todo lo definitivo. Era más de medianoche y unos segundos antes de que Augusta entrara a la recámara Camerina despertó sobresaltada, con el presentimiento de algo nefasto. Se puso a temblar sin saber cuál era la causa de su desasosiego y vio entrar a Augusta bañada por la lluvia.

—¿Qué? ¿Qué tienes?

Se levantó a la carrera, encendió la luz, y se acercó a su hermana.

—Augusta, ¿qué te pasó?

Sacó una toalla del ropero y empezó a secar sus cabellos y su ropa.

—¡Hipócrita! —gritó Augusta empujándola.

—¿Yo? ¿Qué te hice yo?... ¿Qué tienes? —y empezó a llorar confundida y espantada.

—Tú crees que no haces nada... Parece que no haces nada, que eres muy buena... ¡Pero no!... ¡Hipócrita...! ¡Ya ganaste!

Camerina lloraba sin comprender: algo horrible había pasado. A la mejor Augusta se había vuelto loca.

—Voy a llamar a papá...

—¡No! —ordenó Augusta—. ¡Déjalo!

No tuvo más remedio que sentarse a los pies de la cama y llorar y secarse las lágrimas con la toalla, hasta que el sueño regresó a ella y sin hacer ruido para que Augusta no se diera cuenta, volvió a meterse en la cama. Antes de quedarse dormida alcanzó a verla sentada en el centro de la recámara, pálida, inmóvil.

Así estaba cuando despertó al día siguiente.

—Augusta... —dijo en voz muy baja—. ¿Por qué no duermes un poco?

60 Augusta no respondió y ella empezó a vestirse sin dejar de espiarla. Le tenía miedo.

—Voy a llamar a papá —dijo a un paso de la puerta—. Augusta, ¿me oyes?... Dije que voy a llamar a papá...

La absoluta indiferencia de su hermana la impresionó. De nuevo se acercó a ella, paso a paso.

—Hermanita... ¿Por qué no me hablas?... ¿Estás enferma?... Augusta, yo no quiero ganar nada, yo te quiero mucho... Augusta —suplicó atreviéndose a acariciar su pelo lacio y seco—, Augusta, soy yo: Come, ¿no quieres desayunar?... ¡Augusta, háblame! ¡Augusta!

Se puso a dar de gritos y salió a la carrera por su padre.

Don Teodoro Rabasa olía a coñac.

—Es una enfermedad... Una terrible enfermedad, tenemos que llamar al médico.

El médico recetó medicina para el corazón, dijo que había sufrido una impresión tremenda, que necesitaba muchos cuidados, y salió sin hacerla hablar.

61

La mañana y la tarde Camerina las pasó desesperada dando vueltas por la casa en espera de que Rodolfo Gris llegara y le sirviera de ayuda. Pero Rodolfo no fue ese día. Pasaron muchos antes de que se presentara y no lo hizo por su gusto; Camerina tuvo que enviarle un recado con la criada —Facunda, una chiquilla que tenía un mes de trabajar con ellas—, suplicándole que fuera a verlas y preguntándole si había estado fuera de la ciudad o tal vez enfermo.

Rodolfo se presentó muy serio y antes de ofrecerle asiento Camerina le contó con lágrimas lo que había sucedido a Augusta.

—Una terrible enfermedad —dijo don Teodoro, y le ofreció coñac.

—¡Y no habla!

—¿Muda? —preguntó Rodolfo.

62 —¡No! Es a nosotros... —se interrumpió por el llanto—. A nosotros no nos habla... ¡pero a las criadas sí!

Rodolfo se puso a calmarla; los compadeció, hizo algunas conjeturas sobre la enfermedad y aceptó todas las copas que le ofreció don Teodoro. La botella se acabó pronto y don Teodoro, cantando, bajó a la bodega por otra.

—Es una lástima —dijo—, porque hoy, precisamente hoy venía a pedirte. Estuve fuera de la ciudad... Fui a México a arreglar un asunto de dinero, una cantidad que me entregarán pronto; van a indemnizarme... Regresé esta mañana y pensé que era oportuno de una vez... Pero así, supongo que tú no querrás dejarla sola ahora, no sabes si esa enfermedad se vuelva algo peor... Uno no sabe, confía en que estas cosas pasan con facilidad, y luego, de pronto... Medítalo bien, no te apresures a hacer algo de lo que más adelante podrías arrepentirte... Es claro que no

toda tu vida, ¡pobrecita de ti! Debemos pensar en nosotros, pero se puede esperar... ¿podrás... gatita?

63 —Sí... Sí... Eres tan bueno... Y hay otra desgracia: mataron al gatito, murió envenenado o de un golpe, quién sabe, lo encontramos cuando ya apestaba... Las desgracias nunca vienen solas, ¡tanto como lo quería Augusta! Le decía Rodolfito, de cariño.

Rodolfo la acarició.

—Pobre Augusta, otro día la veré... No me parece conveniente que hoy... ¿Verdad?

—No. Esperaremos.

Y esperaron. La “terrible enfermedad” siguió su curso. Augusta dio a luz, una noche de diciembre, a Julia. El parto, a pesar de su edad, no fue difícil. Don Teodoro Rabasa pareció no comprender las circunstancias del nacimiento. La chochez y el alcohol aplacaron los prejuicios, y a nadie se le ocurrió pensar en “humillación”, “orgullo pisoteado”, o “deshonra”. Él

estaba feliz con su nieta y Camerina y Rodolfo felices con la sobrina. Sólo a la madre no le importó nada. Tuvieron que alquilar una nodriza que viniera a amamantar a la pequeña y la cuidara, pues Camerina nunca había atendido a un recién nacido y Augusta no volvió a ocuparse de ella.

Con este último sucedido en la familia Rabasa terminaron las pocas amistades que conservaban. Muy pocas: unas cuantas mujeres a quienes saludaban en misa y en el mercado. Quien lo notó fue Camerina, porque Augusta no volvió a pisar la calle.

■ ■ ■ ■

Con la estufa de gas (regalo de Julia), la cocina había perdido aquella tibieza que en invierno, por los leños, la convertía en el centro de las reuniones. Camerina, temblando, terminó su té y se sirvió una copa de coñac. Oyó que Augusta tosía. Tiene bronquitis —se dijo—, pero no

me importa. Bastante me he preocupado años y años por ella —contempló a través de los cristales de la puerta el jardín envuelto por la neblina—. Estamos aquí esperando que venga la muerte y nos entierren, ninguna otra cosa puede sucedernos... Pero yo no quiero, Juan Antonio, no quiero ni morirme, ni...

Regresó Facunda.

—Hace un frío espantoso —dijo—, no hay un alma en la calle; tenga usted sus cigarros. Voy a pescar un catarro... Con el dinero que ustedes tienen no deberíamos estar aquí, los ricos se van a las playas a gozar del calor.

—No somos ricos —dijo Camerina, sirviéndole coñac.

—¡Que no son ricos! Con las rentas que tienen se pueden ir al puerto. Que yo sepa ustedes nunca han tenido que trabajar.

—Tejemos.

—Por no hacer algo peor; si no fuera por el tejido ustedes dos se pasarían el día mordiéndolo-

se... Oiga su tos, nomás para decir que está allí, como si no lo supiéramos.

—Cállate, Facunda.

66 Regresó el silencio. Camerina se mordió las uñas. No: no odiaba a Augusta, simplemente había dejado de quererla, y esto por cansancio, por aburrimiento, no porque Julia fuera hija de Rodolfo Gris. Pero eso era tan lejano que su gravedad no tenía importancia; sólo le importaba Juan Antonio, que en la última carta le había preguntado: “¿Has sido feliz antes?” Tomó su coñac y encendió un cigarro que la hizo toser.

Se encerró en su habitación y le escribió:

No puedo decirte que he sido feliz, porque he descubierto que la felicidad, si existe, debe ser algo por lo que se lucha mucho y se hacen cosas malas. Yo no he luchado, ni he hecho mal. Al contrario, siempre he sido buena.

Y unos días más adelante:

Nos hemos encontrado en un momento en que lo único que considero seguro es la muerte y el desatino de esta vida que no sé por qué he vivido. A veces, cuando te escribo, tampoco sé por qué lo hago.

■ ■ ■ ■

Sí, te quiero. Me lo repito y lo creo, lo siento, pero dímelo tú a mí, repítemelo en cada una de las líneas de tus cartas, tus palabras siempre suenan en mi oído como si fuera la primera vez que las dijeras. Dime que me amas. Muchas veces, dímelo millones de veces.

■ ■ ■ ■

¿Que si estoy arrepentida? No. El arrepentimiento debe ser la consecuencia

de una falta. ¿De qué puedo yo arrepentirme? Como no sea de la vida entera, de la existencia toda, y eso no me importa. Sí te quiero y no me molesta, “por rectitud”, como tú dices, engañar a mi hermana; no me importa hacerlo y me place a veces. Me encanta que no sepa que existes. Luego me hago la ilusión de que sufre con el engaño y yo gozo, eres más mío, te quiero más.

■ ■ ■ ■

Apunté tu teléfono. Me lo he aprendido de memoria. Dentro de una semana vendrá mi sobrina Julia a visitarme y haré que me invite a ir con ella. Es mejor que nos encontremos allá. No quiero que tú vengas a conocer esta casa, te pondría triste.

Sí tengo miedo, Juan Antonio: mucho miedo.

VII

—¿Quieres oír un vals? —preguntó Lucio.

—Lo que quieras —dijo Camerina.

—Déjala —interrumpió Julia—, tu tía quiere descansar. ¿No prefieres dormir la siesta?

—Descansaré aquí —contestó. Se sentó en una mecedora de peluche rojo—. Pon el vals... Pon lo que a ti te guste.

—Yo sí dormiré un rato —dijo Julia, y los dejó en la sala.

—Música negra —murmuró Lucio guiñándole un ojo.

Era una melodía lenta, cantada en... Debe de ser inglés —pensó Camerina—; también a Juan Antonio le ha de gustar.

—¿Sabes qué te voy a contar? —preguntó Lucio sentándose junto a ella—. Que pronto me caso.

Camerina dio un grito y le golpeó cariñosamente la mejilla.

—¡Casarte tú! No digas tonterías, eres un niño.

—¡No lo soy!

70

Ella inmediatamente pensó que había dicho una necedad: no, Lucio ya no era un niño, estaba en edad de casarse, era sólo un poco menor que Juan Antonio. Sí —pensó—, Julia no debe oponerse.

—Yo te ayudaré con tu mamá, la convenceré.

—¡Pero no tía! —exclamó él riendo—. No así de rápido, ella no sabe, y no tiene por qué saberlo hasta que llegue la hora.

—Es que pensé... ¡Ay, no me hagas caso!... Pero, ¿lo has pensado bien?

—Sí; suponte que me muero dentro de un par de años... Cuando menos tuve experiencias: viví.

—Sí... —dijo ella en voz muy baja—, es cierto... Sí.

No pensaba en Lucio. Se había puesto triste porque Juan Antonio podía estar muerto; podía

morirse: iba a morir. Sacudió la cabeza. No hoy, ni mañana, “un par de años”... Camerina no deseaba pensar en la muerte. No quería temerla, como antes.

71

La muerte no tiene sentido. A partir de eso debía empezar a juzgar, a saber todo lo demás. Debía aceptarse tal cual y esperarla al minuto próximo, como: que den las cinco, que den las seis. Iban a dar las cinco y la última muerte fue, ¿cuántos años hace?... Suspiró. Un “ah” muy largo salió de sus labios. No importa el número de días, de años. La última muerte, como las anteriores, resultó una sorpresa seguida de esa irracional desesperación que pretende, por encima de la lógica de los hechos, alcanzar un milagro. Esperó algo sobrenatural, una equivocación colectiva que viniera a producirle ese descanso que en la pesadilla empezaba con una irrupción dolorosa y lenitiva en la vigilia. Pero cuando la muerte de Rodolfo Gris, no vino, y fue cuando más se exigió el milagro.

Camerina se frotó la frente. Rectificó el recuerdo. No fue la última muerte; la última fue la de papá. Rodolfo murió cuatro años antes. Y sin embargo, parecía la última. Tal vez porque algunas personas no mueren cuando llega su muerte, sino desde mucho antes; y su muerte física no es sino una consecuencia natural, que produce sólo una pequeña congoja que viene a cerrar un círculo. Pero la muerte intempestiva, rapaz, la verdadera, era la de Rodolfo.

Habían ido a pie hasta Los Carriles. Era una mañana hermosa, cálida. Camerina aún recordaba que los guantes de seda se pegaban a su piel por el calor de la mano de Rodolfo. La ciudad terminaba a espaldas de ellos y ante sus ojos se extendía una larga llanura verde; limitada allá lejos por pequeños cerros que más adelante encontraban otra limitación de cerros más altos, y luego otra que al final se unía con el extremo más distante del horizonte.

Allí estaban los dos, dueños de una felicidad sin presagios. Un hombre apareció tirando de un caballo. Rodolfo había tenido muchos caballos, en el tiempo en que había sido

—Tenía uno igual antes —le dijo.

Entonces el hombre se detuvo y se lo prestó.

—Móntelo si quiere —dijo—, se llama Carmín.

Camerina dio unos pasos hacia atrás hasta quedar bajo la sombra de un árbol. Vio con miedo la piel lustrosa y restirada del alazán. Rodolfo Gris lo montó con dificultad; el caballo se resistía a aceptar un amo extraño y súbitamente emprendió la carrera hacia los cerros.

—¿No le pasará nada? —preguntó ella.

—Es buen jinete —dijo el hombre.

Fue cosa de segundos: Rodolfo lo dominó y lo hizo regresar; un regreso cada vez más veloz. A cinco metros de ellos se alzó de manos y lo arrojó al suelo. De la garganta de Camerina salió un grito ahogado.

Empezó a llegar gente. Alguien trajo un coche y llevaron el cadáver a la casa. Augusta estaba en el portón, muy pálida, como si ya lo hubiera sabido. Camerina no pudo recordar nunca cómo fueron esas horas; luego, para saber, le hizo preguntas a Facunda y fue ella quien le describió el velorio y el entierro. Ella sólo recordaba a su padre dando vueltas de un extremo a otro de la sala diciendo incoherencias.

Don Teodoro Rabasa siguió así durante cuatro años, hasta el día de su muerte. Ese día Camerina y Julia entraron a su recámara a regalarle un ramo de flores, la mañana en que murió cumplía ochenta y ocho años.

Un mes después Camerina envió a Julia a un colegio, de interna.

VIII

Los pasos de Camerina no produjeron ningún ruido sobre la alfombra de la sala de Julia. Estaba sola. Ellas dormían la siesta. Lucio y su padre se habían marchado a la calle. Su libertad era una circunstancia intacta, a la que de pronto se asoció una inoportuna necesidad física. La mano izquierda levantó la bocina, la otra ejecutó en el aire un torpe movimiento, pero los dedos no llegaron a tocar el disco. ¿Cuál es su número?...

—Juan Antonio Ulloa —dijo ella en voz baja, y repitió—: Juan Antonio... su teléfono es diecisiete... diecisiete...

No; ese no era el principio. “Llámame tan pronto como llegues, mi teléfono es...”. Recordó casi todas las líneas de sus cartas, menos esa. Soltó la bocina, se mordió las uñas y espió la puerta de entrada desconfiando del silencio que parecía ficticio, culpable. Tengo que acordarme.

Tengo que acordarme. El presente parecía vivido hacía mucho tiempo y la realidad una repetición monstruosa e inacabable. Caminó de un lado a otro de la sala, se apretó las manos y repasó con la mirada las paredes, como si en ellas fuera a encontrar el número, pero los juguetes modernos y los retratos a colores de Julia y Perla no la remitían al olvido buscado. Sólo existía una salvación: ir a la recámara de Lucio y sacar las cartas. Pero esa salvación era arriesgada, tenía la certeza de que si salía del cuadro de la alfombra las despertaría y entonces no hallaría ni el valor para decirles qué iba a hacer, ni otra oportunidad... Trece, veintidós ¿qué?... Dios mío, ¿qué?... Yo me lo sabía, me lo aprendí de memoria... Era un número fácil que empezaba en trece, de eso estoy segura, ¿o era diecisiete?... era un número de buena suerte. Tengo ganas de ir al baño; no debí tomar cerveza, pero Andrés insistió tanto... Si me quito los zapatos no me oirán caminar, pero después no podré ponérmelos...

Caminó de puntillas preguntándose qué iba a decirle, dónde iban a encontrarse y por qué tenían que ser tan complicadas las cosas. Abrió la puerta del cuarto de Lucio. Julia y Perla se volvieron sorprendidas. Camerina avanzó desconcertada, torpe, sin saber qué decir, con los ojos fijos en las cartas de Juan Antonio. Le pareció que Perla se avergonzaba.

—Sal y cierra la puerta —le ordenó Julia a su hija.

Se quedaron las dos solas, mudas, por fin Camerina dijo:

—Venía de puntillas para no despertarlas... Abriste mi petaca.

—No la abrí —dijo Julia—. Las dejaste fuera. Al verlas creí que eran de Perla, no pensé que...

Entonces Camerina explotó, era como si Augusta estuviera allí dispuesta a privarla del futuro.

—¡Tú no tienes nada que prohibirme! —gritó arrebatándole las cartas—. Nadie puede de-

cirme nada, ni regañarme, yo soy libre y puedo hacer lo que me dé la gana.

78 Julia la dejó desahogarse y gritar. Después, cuando la vio agotarse, dijo:

—Óyeme, no voy a regañarte ni a prohibirte nada, ¿qué derecho tengo?... ¿Entiendes? Quiero ayudarte.

—Eso me decía Augusta, y no era cierto, me traicionó, me engañó, y la perdoné de todo. Pero ahora no... Tú quieres hacer lo mismo.

—Mírame, cálmate. Tú sabes perfectamente que yo no soy como ella, y sabes que te quiero... Vamos a hablar, cuéntamelo tú, dime cómo...

Los ojos de Julia eran limpios y la mirada con gran cariño, podía descansar en esos ojos como en algo muy blando. Vino a ella una calma inmensa que le hizo recordar los brazos de su madre y por unos segundos le pareció que era pequeña, muy pequeña, y acababa de recibir el perdón... Ya no deseaba ir al baño. La abrazó agradecida. Luego se dejó caer en la cama,

se quitó los zapatos y empezó a contarle todo. Tomó las manos de Julia como si el contacto físico pudiera establecer una comprensión más honda, y al aferrarse a su piel se aferrara a la realidad dominándola.

79 Cuando terminó sus ojos se dilataron en espera del comentario de Julia. Pero Julia no sabía qué decir. La lastimaba el candor y la simplicidad de Camerina como la habría lastimado un rayo de luz demasiado luminoso, inaguantable. Era insoportable ser la esperanza, la salvación de alguien.

—¿Sabe él qué edad tienes? —preguntó por fin.

—Sabe que soy una mujer madura.

—Pero no le dijiste tu edad exacta.

—No... No creí que fuera necesario.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho... veintiséis, más o menos.

—Es muy joven.

—¡No, Julia! Tú sabes bien que es otra época, una generación que no se puede medir en

años... Por ejemplo, Lucio, tu hijo, él está en edad de casarse y a ti no te debe parecer mal. Es tu obligación consentir, comprender... Las madres se olvidan de ciertas cosas y creen que los años no pasan. Tú no te opondrás, ¿verdad?

—¿Dices de Lucio?

—¡Sí, claro!

—No... no me opondré... Pero hablamos de ti y estoy desconcertada, un poco sorprendida —sacudió las manos—, no sé qué decirte tía. Es sencillamente que... Quizá tengas razón, no podemos medir por años.

—¿Entonces me comprendes?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Aceptas? —inquirió Camerina.

—Te comprendo —respondió.

—Hay algo más que te quiero decir... Lo que te he contado es hermoso, es amor, pero, tengo miedo de que se venga abajo, de que él me rechace. Yo puedo vestirme mejor, más a la moda. Hoy Perla me hizo varias indicaciones y creo que

tú me ayudarías mucho; te ves tan bien, tan esbelta... Yo debí cuidarme, seguir esas dietas que anuncia el periódico. He visto fotos de mujeres que rebajan hasta cincuenta kilos, y luego dan las gracias públicamente; enviando sus fotografías; creo que eso fue lo que me dio pena, no me habría atrevido a mandar mi retrato... Pero debí haber pensado que un día... No es que hubiera perdido las esperanzas, es que estaba allá tan contenta, tan a gusto en mi casa, y me parecía que no había más, nada más... Fue una tontería, porque yo juzgaba por Augusta que nunca quiere salir a la calle, y a mí sí me gusta salir y cantar y reírme de cualquier cosa aunque parezca boba; en cierto modo estaba contenta y cuando estás contenta crees que eres feliz. Pero luego vi que estaba sola, a pesar de Augusta y de Facunda. Facunda tiene sus hijos, se va a verlos los domingos y el lunes me cuenta cómo están y que ya nació otro nieto —tiene muchos—, y que les da tos ferina y todas esas cosas que luego la preocu-

pan... Y Augusta, ella te tuvo a ti, es algo muy distinto, ella es rara, pero te tuvo... Y yo, pues, cuando leí el anuncio de Juan Antonio vi que me hacía falta —se rió—. Su teléfono es el trece, diecisiete, veintidós, hace un rato iba a llamarlo y se me olvidó, por eso vine por sus cartas... Puedo llamarlo ahora que ya lo sabes, oír su voz. Me he imaginado muchas veces cómo será y pienso que es como la de papá, o como la de Rodolfo Gris, o tal vez se parezca a la de un muchacho que trabajaba en la carnicería. Su voz era tan agradable que compraba allí todos los días nada más por oírlo, hasta que se fue de la ciudad, creo que se vino a vivir aquí, y cambié de carnicero... Julia, no sabes lo que es vivir como he vivido, estaba como muerta, peor que Augusta, por eso cuando ustedes fueron pensé que debía salir de eso y vivir, y ahora que ya di el paso me pongo a temblar; si él ya supiera cómo soy no tendría miedo. ¿Crees que debo decírselo por teléfono?... Para prevenirlo, que él no se sorprenda tanto...

¿Crees? Pero ni te he pedido tu teléfono. ¿Me lo permites? Llamarlo desde aquí no es nada malo.

—Puedes llamarlo cuando quieras. Y ahora dispénsame, voy a mi cuarto.

—¡Julia! —gritó Camerina antes de que ella saliera—. Pienso que... Creo que es mejor llamarlo hasta mañana. Podría decir que viene inmediatamente y tengo los ojos tan irritados... Además quisiera comprar una faja... ¡Ay, Julia! No le he confesado lo peor, él no sabe, no me he atrevido a decirle que soy gorda.

Julia salió rápidamente.

IX

Volvía de un sueño pesado, arrancada de él por algo importante y temido. Parpadeó en la oscuridad del cuarto de Lucio y antes de despertar por completo oyó un susurro. Voces, muchas voces que al principio no poseían dueños ni sentido. Unos segundos antes de despertar temió hacerlo, prevenida por el instinto; por el hábito de vivir sin zozobras, en la gran tranquilidad de su hogar. Abrió los ojos. Se había imaginado que alguien estaba junto a ella, pero no había nadie. La habitación estaba cerrada y sólo una línea de luz se filtraba por el lado derecho de la persiana. Inmediatamente recordó que alguien había abierto la puerta hacía unos segundos para ver si dormía, habían vuelto a cerrar con cautela y dicho: “Está dormida”. Pero no podía asegurar que eso era verdad; real o no, de cualquier modo había sucedido en el sueño.

Se ahogaba, hubiera querido ponerse de pie para respirar el aire de la noche, pero algo le aconsejaba no moverse, fingirse dormida. Sonó una carcajada, de Perla. Camerina deseó dormir, no escuchar, apretó los ojos con ese mismo afán con que un chico de dos años se cubre la cara o cierra los ojos con la intención de desaparecer de la vista de los demás.

—No se burlen —ordenó Julia.

Sus palabras llegaron al oído de Camerina con una claridad ponzoñosa. Inmediatamente, y aun sin motivo, se sintió agredida, segura de que algo le iba a suceder y de que ella misma era la causa. La risa de Perla repercutía insistente, bloqueando todo refugio, impidiéndole huir o protegerse... Si fuera un sueño... Esto no es verdad y estoy en Jalapa... Si escuchara ahora mismo la tos de Augusta sería realmente un sueño y nada me pasaría. Augusta, ¡tose! Augusta, sálvame, no quiero estar aquí, no quiero... Las lágrimas corrieron por sus mejillas. Nadie podía salvarla.

Y salvarla de no sabía qué. Pensó en Juan Antonio sin hallar en él ningún consuelo, como si fuera ajeno a ella y en el peligro pudiera confiar más en el odio de Augusta.

—¿Te imaginas el susto de ese pobre muchacho?

—¡Su cara!

Las risas se fundieron con la misma alegre vitalidad: Lucio y Perla. Los imaginó rojos de risa con los ojos brillantes.

—No sean bobos, no es una cosa para reír. No debiste contar nada, Perla.

—¡Tú también te reíste!

—Lloré.

—Te reías, mamá, juro que te reías, ¡y mira la risa de papá!

—¡No griten! —suplicó Julia—. ¡Puede despertar!

—No importa, la pobre es capaz de oírnos y no entender que se trata de ella. Debería preocuparse por sus años, no por sus kilos.

—¡Es un vejestorio!

—¡Pobre, querida vieja chocha!

—¡Cállense!

—Es algo tan risiblemente tierno.

—Es algo que no comprendes, Perla.

—¡Pero alborotarse a su edad!

—Tú comprendes menos, eres hombre, no te das cuenta... Ella es... ¡Oh!... La pobre es muy buena.

—... y muy vieja.

—... y muy gorda.

—¡Cállalos, Andrés! Es una falta de respeto. ¡Es una injusticia!

—Pero es que tienen razón, Julia. Tu tía podía ser abuela de ellos.

—Pero no lo puede comprender ahora. ¡Entiendan!

—Me hubiera gustado de abuela, ¿y a ti?

Camerina mordió la almohada y dio un grito. Quería estar en su hogar, sola, y correr y gritar hasta quedar agotada, luego encerrarse en su cuarto y no hablar nunca más a nadie,

como Augusta. Sus dientes rechinaron al rasgar la funda. Quería morir, acercarse a un abismo y dar el paso, caer; pero caer en algo absoluto, negro, hondo, donde ya nada sucede, donde no existen las voces, ni las risas, ni los números. No pensar jamás en números, no saber que tenía setenta, setenta abominables, ridículos, años... ¡No! ¡No!...

La rodeaba una alegría monstruosa, humillante, algo mil veces peor que la traición de Augusta, porque la dejaba con las manos vacías, con el vientre, con los ojos, inútilmente estériles. También Juan Antonio estaba allí, riendo; no veía su rostro, no lo conocía, pero estaba segura de que también tenía una risa, más fuerte y mordaz... Caer, más hondo aún, más, ¡en el silencio!

Polvos de arroz, de Sergio Galindo, se terminó de editar el 3 de julio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.

